

Por el cauce feliz corre adormido.
¡Oh tú, del alto cielo dón divino,
De Iberia por las súplicas logradol
Acepta el gozo público, adivino
De las venturas que prepara el hado.
La esplendente diadema, que al destino
Te enlaza del monarca más amado,
Corona al estrechar tu frente pura
La virtud, el amor y la hermosura.

XXXI.

AL MISMO ASUNTO.

Albricias, suena la ribera undosa
Del sacro Tajo en su espesura amena;
Albricias Mantua, y el inmenso pueblo
Gira gozoso.

Los faustos vivas por el suelo hispano,
Cual puros rayos del naciente día,
De monte en monte hasta el remoto golfo
Rápidos vuelan.

Oyelos grato el animoso Celta;
Los que del Turia y Guadalete beben,
Y la alta sierra, do su agreste cuna
Tuvo Pelayo.

Vén, Himeneo, alborozados claman
Pueblos dichosos por su rey felice;
Viva la ninfa del campano río;
Vén, Himeneo.

Sus lindos ojos al esposo lancen
Mas vivo incendio que el del patrio Soma;
De la sirena con su dulce acento
Venza el hechizo.

Y entre las flores que risueña Venus
Al genial lecho y los amores viertan,
Mezcle Lucina sus fecundas rosas;
Vén, Himeneo.

Aquí do enlazan sus raudales claros
Adur y Nive, y en remanso alegre
Pintan el cielo, de nupciales dichas
Plácido emblema;

¡Ay! no me es dado de la patria amada
Ver el contento, ni escuchar los himnos
Que á su Fernando la española musa
Canta sublime.

Mas lo que puedo con mi acento débil
De léjos sigo su celeste tono;
Que no desdennan caudalosos rios
Miseria fuente.

Y en cuantos climas de su rey amante
Respira un noble corazón ibero,
Del fausto Sena al mar que entrambos indios
Férvido ciñe;

Diré el reinado de la paz hermosa,
Y la clemencia á la hermosura unida,
Y en cien cadenas la discordia atada,
Fiera bramando.

Y entre los dones de la rubia Cérés
Vertiendo alegre sus riquezas Pluto,
Y el mar inmenso que españolas naves
Sulcan de nuevo,

Diré los triunfos que á la angusta prole
Reserva el cielo, y los laureles sacros,
La verde oliva que á sus sienas tejen
Marte y Minerva.

Y si el acento de inspirado vate
Rompe los velos á la edad futura,
De los dos mundos los iberos fuertes
Miro enlazados.

En tanto, oh lira, tus ancianas cuerdas
Entrega al Austro que de España viene,
Y ledó clama: «¡ que Fernando viva!
¡ Viva Cristina !»

XXXII.

En el día de S. M. la reina nuestra señora doña Isabel II, en 1833.

Cuando el furor de la discordia impía
Derramaba sin fin sangre española,
¡ Qué bandera de paz, oh patria mía,

Por tus antiguos muros se tremola?

En las manos benéficas de un númen
Sobre las tierras, sobre el mar ondea,
Y en vano el odio y el error presumen
Quemarla audaces con su infanda tea.

Ved á *Cristina*, cuyo noble acento
«Paz, clama, al español. Cesen las lides»;
Y «paz» repite alborozado el viento
Desde Pirene á la mansion de Alcides.

Velada en negro luto su hermosura;
Sobre la tumba de *Fernando* llora;
Mas ¡ oh ! la mente generosa y pura
Ni el dolor rinde ni el pesar desdora.

Que á España, prenda de su amor, no olvida;
España, de *Isabel* sagrada herencia;
Y el cielo decretó que nueva vida
Le diesen la beldad y la inocencia.

Ya á tu nombre, *Isabel*, el fuerte hispano
Vuela ansioso á la lid y á la victoria;
Ya, al besar con ardor tu tierna mano,
Predice siglos de ventura y gloria.

Si de males la fúnebre cohorte
Se arrojó fiera sobre el patrio nido,
Ya entre falanges que lanzara el Norte,
Ya en las iras del pueblo dividido;

A una sonrisa tuya el trono amado
Aparezca de Témis y Amaltea,
Calme tu voz el piélagos alterado,
E iris grato de paz tu cetro sea.

Así en oscura noche pavorosa,
Si brama el Bóreas y retumba el trueno,
Raya improviso el alba deliciosa,
Y alegra el orbe con fulgor sereno.

Así en las selvas del Moncayo frío,
Mansion de helada nieve y crudo rayo,
Se alza la rosa con lozano brio,
Dulce primicia del naciente Mayo.

Crece, oh augusta *Niña*, que fecunda
De héroes España adorará tus leyes,
Y el nombre de *Isabel* por vez segunda
Respetarán los pueblos y los reyes.

POESIAS FILOSÓFICAS.

I.

LA BENEFICENCIA.

Nostris pars optima sensus.
JUVEN.

Alma beneficencia, ya te canto;
Asaz sonaron en mi acorde lira
Del dios vendado la funesta ira
Y de su madre el venenoso encanto;

Asaz en la ribera
Del patrio Bétis aumenté su gloria
Cuando en voz placentera
Sus flechas celebrando y mi victoria,
De Emilia los loores

Aplaudieron las ninfas y pastores.
Dulce ilusión, aunque gozosa, vana,
Que lo mejor robaste de mi vida,
Huye veloz como la luna herida

Del triunfante esplendor de la mañana;
¡ Qué fuego desusado
Hierve en mi pecho? ¡ qué centella ardiente
Con brillo regalado

Penetra el seno á mi ofuscada mente,
Y de su horror oscuro
Brotó de la virtud el rayo puro?

No más hermoso entre la niebla fría
Del alterado piélagos de Oriente
Levanta el sol la enrojecida frente,
Padre y monarca del rosado día;

No más tierna la aurora
Sobre la flor del aterido prado
Su blando aljófár llora;
No más sereno el céfiro templado

Dulce calor fecundo
Vierte en los seres del inmenso mundo.

Salve, luz celestial, fuego escondido,
Que en este yerto corazón dormias,
Salve; disipa con tus llamas pías
La ciega oscuridad de mi sentido;
Mi espíritu enardece;
Purifica mis labios; pueda el canto,
Que ya en mi pecho crece,
Si la voz de un mortal alcanza á tanto,
Domar la envidia fiera,
E igualar de los siglos la carrera.

O más bien, vuela tú, y al triste humano
Comunica tu llama abrasadora
En la fulgente cuna de la aurora,
Y donde hiela el último Oceano;
Tu ardor hermoso sienta
Desde el feroz caribe, que tranquilo
De sangre se alimenta,
Hasta el esclavo estúpido del Nilo,
Que á laalzada cuchilla,
Cordero inerme, la cerviz humilla.

Se verá entónces la anchurosa tierra
En hermanales vínculos unida,
Y huyendo de tus rayos pavorida
Su negro pabellon plegar la guerra;
Odio, rencor, venganza,
Interes, ambicion, copiosos males,
Que dió con la esperanza
La caja de Pandora á los mortales,
Ya tan irfaustos nombres
Sólo en la historia aprenderán los hombres.

Pálido cae de vuestra impura frente
El funesto laurel que la adornaba,
Y el orgullo infernal que os animaba,
Postrais rendidos á la luz naciente.
¡ No veis la envidia horrenda,
Que el celeste esplendor bramando esquiva,
Y por oculta senda
Vertiendo fiera su ponzoña activa,
Huye con raudo vuelo

A nunca más turbar la luz del cielo?
¡ No veis, no veis al ciego fanatismo,
De su ominoso solio derrocado,
Cuál gimiendo se lanza despechado
A la negra mansion del patrio abismo?

El puñal de Megeira
Ved cuál se escapa de su ardiente mano;
Ved de su cabellera
Las serpientes dormir; el grito insano,
Precursor de destrozos,
Oprime ya con pérfidos sollozos.

Pérfidos, sí; que ardiendo en viva saña
Recuerda altivo sus funestas glorias,
De Merindol y Albiga las victorias,
Y la extinguida hoguera de la España.

El siglo infausto llora,
Que el alma devoró de los mortales
Su antorcha abrasadora,
Y erigió entre nublados celestiales,
Del crédulo esperanza,
El trono del orgullo y la venganza.

El libre pensamiento los impios
Oprimiendo en oscura servidumbre,
Consagraron á un Dios de mansedumbre
De humana sangre caudalosos rios;
Su bárbara cuadriga
Holló los cetros y el laurel triunfante

Y de la paz amiga
La dulce rama; el fuego devorante,
Que sus ruedas abrasa,
Yerma el campo infeliz por donde pasa.

Mas ¡ ah ! que ya cesaron los horrores
Del tenebroso siglo de la ira,
Y el abatido monstruo ya suspira,
Devorado de inútiles furores.

Y tú, yerto egoísmo,
Que la frente á los cielos levantaste,
Y un imperio en tí mismo
Del universo entero te formaste,
¡ Cómo cayó espantoso
De tu poder el hórrido coloso?

Cual sube audaz en las heladas cimas,
Que el aterido mar del Norte baña,
De endurecida nieve alta montaña,
Muerte y terror de los polares climas;
Firme, inmóvil y segura
Sufré el eterno sol del Cancro ardiente;
La inmensa mole y dura
Opone al rayo de la luz clemente,
Y en su seno acogida,
Niega por siempre al fuego de la vida;

Así en el corazón, que el monstruo fiero
Con su hielo infernal entorpeciere,
Jamás la triste humanidad espere
Restos hallar de su calor primero.

¡ Ay de aquel desgraciado
Que á su interés ó á su placer se atreva!
El hierro despiadado
Ya amenazando está. Sin que le mueva
Ni el rencor ni la saña,
Tranquilo en sangre y lágrimas se baña.

Furias del Orco, huid; y tú, amor santo,
Padre de cuanto anima y cuanto crece,
Benigno á los mortales resplandece,
Y vierte al orbe tu apacible encanto.

La oscura venda deja,
Con que la infiel mudanza te cubria,
Y la celosa queja;
Por ella el hombre te llamó algun día,
Maldiciendo tu imperio,
Placer mentido y torpe cautiverio.

Las dulces flechas que te dió natura
Para esparcir del sér la llama ardiente,
Templa, oh amor, en la sagrada fuente
De la amistad inextinguible y pura;
Y el amante, enlazado
A la gentil beldad que lo enamora,
En lágrimas bañado,
Exclame al despuntar de cada aurora:

«¡ Destino venturoso,
El de hacerte feliz, siendo dichoso!»
Tú, divina amistad, del alto ciclo
Al mundo, que te implora, ya descende,
Y en sus heridas amorosa extiende
El bálsamo apacible del consuelo.

Gloria de los mortales,
Salve: tú robas á la humana vida
La mitad de los males;
Y á la breve porcion, tal vez mentida,
Del bien, tú sola eres
Quien renuevas los rápidos placeres.

Contigo la piedad en lazo amado
Temple al hombre los ásperos enojos,
Y el tierno llanto de sus dulces ojos
Calme el llanto infeliz del desgraciado:

Así el blando rocío
El Euro entre sus alas atesora;
Y cuando el soplo frío
Del Aquilon los campos descolora,
Con su lluvia templada
Vuelve el sér á la rosa desmayada.

Mas ¡ oh ! ¡ ves la bondad, naturaleza,
Que tus inmensos ámbitos domina,
Y entre los rayos de su luz divina
Ostenta pura su inmortal belleza?

Yo escucho el grato acento
Que inunda de placer los corazones;
Yo miro al vago viento
Enarbolar los cándidos pendones,
Y su númen sagrado
El orbe todo venerar postrado.

Ya, ya la mano al pálido indigente
Tiende benigno el prócer: junto al lecho
Del moribundo en lágrimas deshecho
Ya la piedad el poderoso siente:

Ya el oro fementido,
Por el que vió otro tiempo la doncella
Su limpio honor vendido,
Es dote y premio á la modestia bella,
Y con hermosas flores
Enlaza la virtud y los amores.

Contempla el padre anciano enajenado
De sus caducos años el consuelo,

Y sonrie al festivo nietezuelo,
Que con gracia infantil juega á su lado;
Y en su vejez felice,
Ultimo rayo de un sereno dia,
Al bienhechor bendice
Que coronó sus canas de alegría,
Y plácido y tranquilo
Desciende de la tumba al quieto asilo.
Y tú, jóven beldad, ¡cuán dulcemente
En la mansion del infeliz suspiras!
De la sañuda enfermedad las iras
¡Cuál templa tu ternura diligente!
¡Con qué rosas aviva
Las gracias de tu angélico semblante
La bondad compasiva:
Las ve el amor; adóralas tu amante:
Y el premio entre sus brazos
Da á tu piedad con regalados lazos.
Mas ¡veis á aquellas almas celestiales,
Que en sus aras reunió beneficencia,
El seno penetrar de la indignancia
Y arrancarle el secreto de sus males?
¡Cuál endulzan piadosos
De un triste corazon el triste duelo!
¡Cuál brillan generosos,
De la maldad, que dominaba el suelo,
Enemigos osados,
Para el bien de la tierra conjurados!
¡Santa conjuracion! Todas las gentes
Seguirán tu bandera victoriosa:
Prepara ya, posteridad dichosa,
Laurel sagrado á las heroicas frentes.
Triunfad: el mundo entero
Subyugue el entusiasmo que os anima;
Y volando ligero
De nacion en nacion, de clima en clima,
Por siempre cante el hombre
De la virtud el sacrosanto nombre.
Salve, hermosa virtud. ¡Cómo, si dabas
Alma y vida á mi sér, no te sentia?
¡Cómo en mi seno sin vigor yacia
La fuerza celestial que le inspiraba?
Ya sé cuál es la fuente
De aquel vago llorar que la ternura
Vertió á mi rostro ardiente;
Ya conozco del bien la emoción pura,
Que el misero gemido
Tal vez me sorprendió del desvalido.
Renueva, pues, tus cuerdas, dulce lira;
Y en desusado y victorioso acento
Acalla el grito del rencor sangriento
Y la voz de la muerte y de la ira.
Rompe el velo sombrío,
Que ocultó al hombre bajo el torpe imperio
Del egoísmo impío,
De su existencia el divinal misterio,
Y enseña á los humanos
A ser en dulce paz dulces hermanos.
Que este impulso del bien, que en su clemencia
A nuestras almas concedió natura,
No puede, no, morir; la envidia impura
El lanzó de la edad de la inocencia.
El en la selva umbría
El hombre al hombre unió, cuando entre breñas
La sociedad nacia:
El, postrando las hórridas enseñas
Del interes inmundo,
Los Casas y los Pen produjo al mundo.
Instinto natural allá en el seno
Del hondo corazon yace escondido,
Do el orgullo y el vicio fermentido
Lo aduermen con su plácido veneno;
Mas cuando el torpe encanto
Rompe una vez de la infernal cautela,
Por donde el rojo manto
Extiende Febo, generoso vuela,
Y estrecha blandamente
En lazo bienhechor la humana gente.
Así del claro sol destello puro,
En tímida centella trasformado,
Entre sus densas láminas trabado
Encierra el pedernal inerte y duro,

Mas si activo el acero
Fuerza á mostrarse la encubierta llama,
Con impetu ligero
Sobre el pábulo breve se derrama,
Y crece y es hoguera,
Y al Alpe y á Pirene consumiera.

II.

LA BONDAD ES NATURAL AL HOMBRE.

¡Quién fué, quién fué el primero
Que á la crédula gente dijo impío:
«Despeñado por lúbrico sendero
Se precipita al mal vuestro albedrío,
Y hechuras de una imbécil providencia,
El crimen y el dolor son vuestra herencia?»
¡Quién fué, que en torpe olvido
De la virtud sencilla é inocente
El siglo sepultó? ¡Que así atrevido
Del pecho humano blasfemó insolente,
Y calumnió con pérfida impostura
Igualmente al Criador y á la criatura?
El averno profundo
Lo abortó en sus furios sobre el suelo
Para tender al engañado mundo
Del atroz fanatismo el ciego velo,
O porque pueda sancionar impía
Sus crímenes la adusta tiranía.
¡Malo el hombre, insensato?
¡Corrompido en su sér? De la increada,
De la eterna beldad vivo retrato,
En quien el sacro original se agrada,
¡Sólo un monstruo será, que horror inspira,
Prole de maldición, hijo de ira?
Y ¡por qué en su semblante
La dulzura y bondad impresadas lleva?
¡Por qué la vista noble y radiante
Al alto Olimpo generoso eleva,
Como buscando ansioso é impaciente
De su origen la cuna refulgente?
¡Quién á su pecho ha dado
Este instinto de amor, que el hombre liga
Al hombre en sociedad? ¡Quién le ha enseñado
En las delicias de la paz amiga
A dividir con los demas mortales
La herencia de sus bienes y sus males?
¡De dónde el tierno llanto,
Que, si ve al infeliz, su rostro baña?
¡De dónde de la patria el amor santo,
La piedad paternal, la justa saña
Que brota en los airados corazones
Si el despotismo arbola sus pendones?
Bueno nace y hermoso
El alma sér, honor de la natura:
Y aun entre el llanto acerbo y doloroso,
Que en su niñez le arranca la amargura,
Brilla en sus dulces labios pura y lisa
De la bondad la angélica sonrisa.
Y luégo jóven siente
La activa llama del amor suave,
Y eternizando su existencia ardiente,
Como de Arabia la inseputa ave,
Nuevos seres produce el claro dia,
Antes que yazga su ceniza fria.
Y en regalados lazos
La dulce prole su cariño paga,
A su cuello estrechada y á sus brazos:
Sustenta protector, plácido halaga;
Y en perpétuo solaz tranquilo espera
El fin forzoso á su feliz carrera.
Tal es el hombre cuando
Ni la opresión ni el fanatismo impío
Forma en las tierras ambicioso bando;
Libres las almas del furor sombrío,
Que á temblar y á matar las arrebató,
Y tiembla el necio y el malvado mata.
Tal es el que cantaste,
Dulce Virgilio, tú, cuando tendido
Al pié de umbrosa haya le miraste
En apacibles ocios divertido,

III.

LA AMISTAD.

«Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo.»
RIOJA.

El himno santo de amistad rebosa
De mi inspirado seno:
Tú, celestial virtud, mi númen eres.
Resuena audaz, oh lira; un nuevo modo
Y desusado emprende: el fuego ardiente,
Que al pítico cantor dispensa Febo,
Y el sabio desvarío
Que derrama en los vates Hipocrene,
Son hielo y niebla junto al fuego mio.
Brote la voz del corazon: resuene
En tiernos corazones,
Asilos tuyos, oh amistad.— Respondan,
Cual flébil eco, en la repuesta gruta.
Aquí tienes tus aras, aquí tienes,
Deidad oculta, víctimas y templo.
Aquí la espada impía
No alcanza, ni la astucia del inicuo,
Ni el furor de la armada tiranía.
Léjos, profanos, id. Allí os aguardan
Con la ambición sañuda
La maldad y el cruel remordimiento.
Pues lo quereis, sed infelices. Niegue
A vuestro helado pecho sus ardores
El sol de la amistad; y en pos corriendo
De pérfida esperanza,
Al fiero númen erigid del mando
El altar de la envidia y la venganza.
O al cenagoso piélagos lanzados
De sórdidos placeres,
A Venus sin amor, sin dulce risa
A Baco invocaréis, ó ya de Pluto
El dón aciago anhelaréis sedientos:
Todo lo gozaréis, ménos la dicha;
La dicha, hermosa herencia
Que á un tierno corazon el cielo guarda
Hasta entre el polvo vil de la indignancia.
Para el amigo pecho reservastes,
Benéfica natura,
Tu inexhausta belleza. ¡Qué es el canto
De las pitadas aves, si mi Eutimio
Conmigo no lo oirá? ¡Qué es la verdura
Del fresco valle, el nácar de la aurora,
Ni el Austro enamorado,
Que halaga el blando seno de las flores,
Si á gozarlos sin tí soy condenado?
Brilló hermosa la tierra, brilló el cielo
Al feliz hombre, cuando
Trasmitir pudo su emoción suave
En otro corazon. La pura fuente,
Que por floridas márgenes resbala,
La blanda luz de la argentada luna,
Los astros, que salieron
Bajo su imperio á embellecer la esfera,
Emblemas del amor entonces fueron.
Y la mujer divina, cual descuella
La rosa nacarada
Entre las hijas del Abril florido,
Las tiernas gracias y el pudor mostrando,
De la beldad se coronó por reina.
Arde el hombre á su vista, y de su seno
Viva llama desprende;
Llama fugaz, que muere dando vida,
Y que de nuevo la amistad enciende.
¡Quién consuela, infelice moribundo,
Tus últimos instantes?
El caro amigo, en cuyo seno espiras.
¡Quién el pecho ulcerado, que lamenta
La ingratitude y la perfidia, vuelve
Al amor de los hombres? El amigo,
Que le guardó constante
Su corazon, y ni el sañudo hierro,
Ni del tirano el cetro fulminante
Aterró su lealtad: sube animoso
Al fiero cadahalso,

Enseñando á los ecos gemidores
El nombre de su bella y los amores,
O bien más virtuoso
El que vió en las helvéticas montañas,
Gésner sublime, de Aquilon silboso,
Del hielo agudo despreciar la saña;
Y en medio á la selvática natura
Aras alzar al dios á la ternura.
Así del Erimanto
Vagó el hombre feliz por las riberas,
Sonando eterna paz en blando canto
El eco de las ménalas praderas,
Cuando olvidados bélicos furoros,
Dió Arcadia el cetro á cándidos pastores.
Y aquella edad dorada,
Desconocida en la sangrienta historia,
Mas cuya grata imagen, lastimada,
La humanidad conserva en su memoria,
Y que pintaron en el suelo ibero
El tierno Fenelon y el sacro Homero,
Las riberas del Bétis
Feliz la vieron en virtud sencilla;
Y el gaditano mar, donde de Tétis
Cayendo al gremio el sol, último brilla,
A la codicia, á la ambición armada
¡Ay, breve tiempo! defendió la entrada.
La infame sed del oro
Y el amor del poder enfurecido
De sangre humana y de inocente lloro
Bañó el misero suelo entristecido,
Y en los vestigios de la choza pía
Sus palacios alzó la tiranía.
Y luégo levantando
La adulación su fermentido acento,
Del cielo hizo bajar el regio mando,
Santificando al opresor violento;
Y á un execrable y bárbaro asesino
Proclamó imagen del poder divino.
Gritó entónces artera
La vil superstición: «tristes humanos,
Sufrid y obedeced: si brilla fiera
La dura espada en homicidas manos,
Sufrid: nacisteis todos criminales;
Así Jove castiga á los mortales.»
Y así fué esclavo el hombre,
Y así malvado fué. Su genio ardiente
Buscó en la guerra el inclito renombre:
Suro los mares la perversa gente,
Y á sus reyes y dioses imitando,
La triste humanidad fué destrozando.
¡Qué fuerza bienhechora
Volverá al hombre su bondad natia?
Que del ardiente golfo de la aurora
Hasta do hiela Cinosura fria,
El poder, la maldad y la impostura
Su sagrado carácter desfigura.
Vosotras, consagradas
Almas á la virtud, la humana mente
Formad piadosas: caigan las lazadas
Que el fanatismo le ciñó inclemente,
Y libre la veréis, noble y gloriosa
Lanzarse al bien, que conocer no osa.
Y si yace oprimida
De la verdad la tímida centella,
Cual suele entre la niebla denegrida
Que exhala el mar, la vespertina estrella,
Romped heróicos con potente mano
El torpe hechizo al corazon humano.
¡Dónde el alma sublime
Está, que el fuego sacrosanto inflama,
Y que del hombre el infortunio gime?
Nazca ya al mundo la encubierta llama,
Nazca; y en mil incendios esparcida,
Siembre de la bondad la hermosa vida.

Y con su muerte ilustre lo ennoblece :
Rompe muros, escuadras atropella,
Arrostra el golfo y su indomable furia,
Audaz se entrega á la sangrienta saña
Del bárbaro enemigo,
Denodado acomete al mismo averno,
Por dar la vida á su adorado amigo.
¡Cuán grata de mi rápida existencia
Duplica los placeres
El alma amante, que en mi bien se goza!
¡Cuál consuela mis lágrimas el llanto,
Con que responde á mi aflicción! ¡Cuál arde
En mi pecho, oh virtud, tu santo fuego,
Cuando tu mano miro,
Eutimio amado, al infelice abierta,
Y su pena halagar con tu suspiro!
No es tan dulce al cansado caminante,
Si la ercinia montañña
Venció, ó el hielo de la cumbre alpina,
Complacido vagar por los pensiles
Del sosegado Po, como á tu Anfriso,
Del crimen fatigado y de los hombres,
Hallar en tu alma pura
El no violado é inocente asilo
Do anidan la virtud y la ternura.
Fulmina, ¡oh Jove! Agote el infortunio
Contra mí sus rigores :
Persigame el poder : grave mis días
Horrenda proscripción : niégue me esquivo
Sus dones el amor : derrame el cielo
Sobre mí sus incendios devorantes :
No verás á las quejas
Mi labio abrirse, ni al dolor mi pecho,
Si un dulce amigo en tu piedad me dejas.
Hijos de la amistad, almas queridas,
Abrid los tiernos brazos
Y el blando seno al amoroso vate,
Vosotros sois mi bien y mi tesoro :
¡Qué es sin vosotros el vivir? Si un día
Perderos debe el desgraciado Anfriso,
Ertónces, Parca impía,
Su existencia, ya inútil y enojosa,
Lanza al abismo de la tumba fría.

IV.

AL MISMO ASUNTO.

¡Dónde, santa amistad, tu pura llama
Anima á los mortales? ¡Qué dichoso
Clima ilustra tu rayo generoso,
O en cuál region tu fuego se derrama?
¡En qué pueblo el luciente
Febo de cuantos dora
De la remota aurora
Hasta do muere el día,
Oye aclamar tu nombre dulcemente
En himnos de alegría?
Tú del piadoso cielo fuiste dada
Al mundo, y con tu influjo soberano
En grata paz el venturoso humano
Gozó los años de la edad dorada.
El odio enfurecido
Y el interés inundo
Aun no el Orco profundo
Lanzára sobre el suelo ;
Y vivió el hombre con el hombre unido,
Digno de tí y del cielo.
Mas ¡oh! cual leve sombra el inocente
Siglo pasó y el tiempo afortunado :
La negra envidia el hierro despiadado
Puso en la mano á la sencilla gente :
Viendo brillar su filo
Contra el inerme pecho,
De tu altar, ya deshecho,
Elevas temerosa
El presto vuelo, y al celeste asilo
Te refugias llorosa.
Hija de la virtud esclarecida,
¡Oh! vuelve, vuelve al olvidado trono,
Que profanó el mortal, cuando el encono

Tifó en sangre su mísera guarida ;
Vuelve, y la infanda guerra
Doma y la triste ira ;
Tu suavidad inspira
En tiernos corazones,
Y adore ya feliz la inmensa tierra
Tus cándidos pendoros.

V.

Á DON FRANCISCO JAVIER DE HORE.

Los sentimientos de la humanidad no son incompatibles con la
profesion militar.

Pietate insignis et armis.
VIRGILIO.

De la herborosa sirte se desata
Horrible tempestad ; la luz serena
Oscurece del sol y enluta el orbe ;
El rayo brama en la encendida nube,
Y rasgándole el seno,
Su rápida carrera sigue el trueno.
Las cavernas retumbán ; los peñascos
Estallan con fragor ; vuelcan los rios
Embravecidas ondas ; las arenas
Revuelve el mar sobre la adusta playa ;
Y los tristes humanos
Alzan al cielo trémulas las manos.
Ese terror universal, que sienten
Hombres y fieras, el sañudo silbo
Del Noto asolador, la densa lluvia
Que las campiñas cubre, ¡anuncia al mundo
Su destruccion postrera
Y de un airado Dios la saña fiera?
No ; ya el veneno de la peste activo,
Que en los calmados vientos escondia
El otoño febril, consume el rayo ;
Ya con sus fuegos cárdenos renueva
El caluroso ambiente,
Y templá el alto sol del Sirio ardiente.
Y esa incesante lluvia, que amenaza
De la afigida Pirra el triste siglo,
Y aquel torrente, que el riscoso márgen
Venice soberbio y acomete el campo,
A la estacion florida
Preparan ya los gérmenes de vida.
Sí, mi Javier ; la próspera natura
Ligó al forzoso mal el bien suave.
Bajo el estéril hielo crece oculta
La espiga del Abril ; al seco estío
Los plácidos aromas
Debe el frutal y las sabrosas pomas.
De esas montañas áridas, reliquias
Volcánicas del globo, monumentos
De destruccion y ruina, se despeña,
Sembrando vida en la llanura, el rio.
¡Quién, sino el mar sañudo,
Dar libre paso á otro hemisferio pudo?
Maldiga el delicado ciudadano
La adarga y lanza del bravo Marte ;
Cargue de execracion aquel primero,
Que en breves tubos encerró la muerte,
Y con industria fiera
El rayo abrasador robó á la esfera.
¡De qué fuerza sin él contra el impío
La sociedad se armára? ¡quién pudiera
De la ajena ambicion vivir seguro?
¡Qué no osára la infanda tiranía,
Si su furia traidora
No contuviese espada vengadora?
El tranquilo placer que goza el hombre,
Ya habite los palacios, donde brillan
La púrpura y el oro, ó retirado
Al seno de Minerva, ó bien le cubra
Techo de humilde paja,
Debe al guerrero, que imprudente ultraja.
Y si cual suele el espumoso rio
Minado el dique, la enemiga huete
Por las campiñas patrias se derrama,
De su indiscreta compasion entónces

El áspero castigo
Ve de la humanidad el necio amigo.
Y ¡no es humanidad la dulce vida
Por la patria entregar? ¡quién más piadoso
Que el que defiende de opresion injusta
Matronas, niños, jóvenes y ancianos,
Y el incendio y la muerte
Contra el inicuo usurpador convierte?
Hierre, si ; mas tranquilo el caro hermano
Descansa en brazos de la dulce esposa ;
Mata, y el suelo tinte en roja sangre,
Y espiga de cadáveres las lindes ;
Mas de feroz violencia
Florece libre la paterna herencia.
Y si tal vez el enemigo fiero
Las armas rinde á su valor, olvida
Que fué enemigo, y le socorre hermano ;
Nunca hirió noble brazo al abatido,
Que su piedad reclama ;
Sino al soberbio, que á la lid le llama.
Así modelo á la futura gente
De valor y piedad miró Sicilia
Al gran Timoleon, cuando á los mares
Medroso huyendo y derrotado el peno,
Su libertad amada
Gozó de Cérés la feliz morada.
Justa cuanto horrorosa fué la prueba
Que á su austera virtud pidió el destino ;
Que en sangre fraternal manchó su patria,
Mas sangre de un tirano. Agradecida
La ciudad de dos mares,
Al fuerte vengador erige altares.
Dios del corintio fué ; mas ¡ay! crinada
De víboras la Euménide sañuda,
Ante sus ojos gira ; ve teñido
De rojo humor el profanado techo,
Y huye á climas lejanos,
Ya endurecido á castigar tiranos.
Ofrecióle la altiva Siracusa,
Libertada por él, cetro y diadema ;
Diadema y cetro adornan la indignada
Del fiero hermano macilenta sombra,
Que de vil tiranía
Odiosa imagen le persigue impía.
Y dice : « ¡por qué, pues, yerto cadáver
Allí á mi acento vengador caiste?
¡Por qué yace á las fieras desperdicio
Desde la infausta Escila al Lilibeo
El bárbaro africano,
Si el yugo ha de oprimir al triste humano?
»No ; depongo el acero. Alzarlo manda
La humanidad sobre el feroz malvado
Que pide la corona y grita al hombre :
*Esclavo sé. Deber tan doloroso
Ya dejé satisfecho,
Y destrocé ¡infeliz! mi tierno pecho.
» Brilló la libertad? basta la sangre ;
¡Eterna maldicion al que levanta
Sobre hacinadas miserias ruinas
Con hierro y llama en soledad horrenda
Su injusto poderio,
Y se atreve á decir : *el hombre es mio!*
» Doliente humanidad, la lanza aguda
Vibraré sólo en tu defensa. Amigos,
No se dirá que al sanguinoso solio
Subió Timoleon, ó que por tierra
Tanto muro postrado,
Tanto cuerpo de fuertes destrozado,
» Sirvió sólo á mi orgullo. En este asilo
Lamentaré la víctima que el cielo
A inmolar me obligó. Goce Trinacria
La dulce libertad ; y si algun día
La amenaza un tirano,
Pronto á vengarla encontraréis mi mano.»
Dijo ; y el templo augusto de la fama
Le abrió las puertas de oro. Tú, que aspiras
Al sagrado laurel ; tú, á quien ya vieron
Pródigo de tu sangre las riveras
Del lento Guadiana,
Despojo á la ambicion gala y britana,
Y ansioso del peligro y la pelea,
De noble intrepidez modelo fuiste,*

III, Ps.-xviii,

No pienses que por la áspera carrera
Del fiero Marte encontrarás la gloria,
Si su furor violento
No templá la piedad con blando aliento.
¡Valor y humanidad! almas sublimes,
Que oprime, mas no abate el infortunio ;
Almas nobles, defensa de la patria,
Cuando la patria en su defensa os llame,
Mientras yace olvidada
En ocio ingrato vuestra invicta espada,
Amad al hombre y socorredle. Un día
Ménos severo os mirará el destino ;
Y si tal vez á la espantada tierra
Lanza Belona el grito de la muerte,
Un corazon piadoso
Sabréis llevar al trance riguroso.
¡Con qué placer te miro, dulce amigo,
Levantar puro las augustas aras
De la santa virtud para los hijos
Del implacable Marte! ¡cuán gozoso
Entre su grito horrendo
La voz de la piedad estoy oyendo!
Vuela, alma generosa.... De furorés
Fácil es inundar la tierra, fácil
Verter de sangre caudalosos rios ;
La grande empresa y árdua y sólo digna
De un corazon sublime,
Es consolar la humanidad que gime.

VI.

LA MAÑANA.

Rompe la niebla el sonrosado día
Del apacible Oriente,
Y sobre el golfo de la aurora fría
Renace el sol ardiente.
Por los inmensos orbes se derrama ;
La natura adornida
Siente el calor de su celeste llama,
Y sér recobra y vida.
Que si robó la luz al triste suelo
La noche silenciosa
Cuando mostró sobre el cenit del cielo
Su frente pavorosa ;
Ora lanzada al piélago de Atlante
El reino de las horas
Te cede, astro del día rutilante,
Que la tierra enamoras.
Ya el pajarillo por la selva umbría
Salta en ligero vuelo ;
Los grillos rompe de la nieve fría
El tímido arroyuelo.
Abren su cáliz las nacientes flores,
Y cefrillo osado
Les roba en mil balsámicos olores
El beso regalado.
Todo es beldad. Hasta el breñal riscoso
Verdura y rosas mana :
Hasta el pantano estéril de oloroso
Junquillo se engalana.
Caro Melanio, y tú, de las pastoras,
Dulce Aristo, cuidado,
Venid ; gozad tan deliciosas horas
Con vuestro Anfriso amado.
Que así del cielo la piedad halaga
Los míseros mortales,
Y con placeres fáciles les paga
Los no evitados males.
¡Por qué engañado en pos de su tormento
Anhela el hombre insano,
Cuando naturaleza á su contento
Brinda con larga mano?
¡Quién recostado al pie de los laureles,
Que agita el manso viento,
Envidia los magníficos doseles
Del pérsico aposento?
¡Quién el templado ambiente respirando
Y el ámbar de la vega,
Sueña en las glorias del funesto mando
Y á la ambicion se entrega?

20

Jamas en débil leño oyó el bramido
Del piélago inclemente
Quien se adormió una vez al blando ruido
De la emboscada fuente.
Otros se ciñan el laurel sangriento
Del bárbaro Gradivo,
Y bajo techo rústico el contento
Me halague á mi festivo.
Abre, natura, á un alma que inspiraste,
Tus brazos bondadosos;
Soy hombre; á ser dichoso me formaste,
Y á hacer á otros dichosos.

VII.

Á ALCINO.

(Imitación de Horacio.)

Huyó la nieve fría:
Cobra el campo su hierba; el eminente
Árbol su copa umbría;
Ya menguado el torrente
Besa humilde la márgen floreciente.
Ora que el verde manto
Tiende sobre los valles primavera,
Al són de dulce canto
Va la ninfa ligera
Hechizando con danzas la pradera.
Mas nadie, Alcino, fie
Del sol alegre y el templado viento;
Si ora Favonio ríe,
El estío sediento
Le lanzará de su florido asiento,
Para morir apenas
Vierta otoño pomífero sus dones
En las selvas amenas;
Y luego en los peñones
Rebramarán los crudos aquilones.
En alas de las horas
Rapidísimo el año se desprende;
Mas de Abril las auroras
Tornan, si Febo asciende
Al rojo toro, y el cenit enciende.
De Enero las ruínas
Mayo alivia; nosotros, si pasamos
Las puertas diamantinas
De Aqueronte, quedamos
Polvo y sombra, y al sér jamas tornamos.
Que no, Alcino, á mis brazos
Te volverán de allí la dulce lira,
Que entre pampíneos lazos
Blando placer suspira,
Ni la santa piedad, que en tí respira.
No de aquellas mansiones
Cintia pudo librar su alumno amado;
Las tartáreas prisiones
De Piritoo osado
Romper á la amistad no le fué dado.
Goza, goza la hora,
Que aunque fugaz, benigna se te ofrece;
De la Parca traidora
Te burla, y favorece
Al desvalido, que á tu umbral fallece.
Cuanto placer gozares,
Cuantos bienes con mano generosa
Al pobre dispensares,
Lo aumentas á la hermosa
Vida, y lo libras de la tumba ansiosa.

VIII.

A LA SABIDURIA.

(Traducción libre de Richardson.)

Ya el ave de la noche
Deja el oscuro albergue,
Donde esquivó del día
La lumbre refulgente;

Y en tanto que las horas
Beleño al mundo vierten,
Entre las densas nieblas
Sus negras alas tiende.
Con apagado canto
Los vientos ensordece;
A meditar convida,
Y el necio vil la teme!
De Pálas atenéa
Amor, salve mil veces;
Yo al aviso severo
De tu voz obediente,
Del templo do sus aras
Tu angusta diosa tiene,
En la callada noche
Saludo los dinteles.
Cuando la hermosa luna
Su blanda luz extiende,
Y la ilusión mentida
Del mundo desaparece,
Ni la ignorancia osada
Fingir colores puede,
Que con doloso brillo
El pensamiento cieguen;
Entonces ¡cuán benigna
Del que á implorarla llegue
El silencioso voto
Aceptará clemente!
Minerva, ¡oh tú, del hombre
Alivio dulce siempre!
¡Oh delicioso origen
De cándidos placeres!
En tus divinas aras
Mi humilde ruego suene,
Que de ambición exento
El corazón te ofrezca;
Y de la luz guiado,
Que grata me concedes,
Á más dignos objetos
Aspiro noblemente.
No el mando suspirado,
No del Ofir los bienes,
No la flor venenosa
Codicio de Citéres;
Del humano deseo
Ridículos juguetes,
Son para el necio dichas,
Y envidias para el débil.
A mí tu santa llama
Benévola desprende,
Que la inmortal belleza
De la virtud me muestre;
Los monstruos exterminen
Y la tiniebla ahuyente,
Que del vivir la senda
Infestan y oscurecen.
De un pecho puro dame
La alegría inocente,
Y que tu ley divina
En mis afectos reine.
Marchita edad tirana
Las rosas del deleite,
Y á ser polvo en la tumba
Aprenderán los reyes;
Mas con verdor eterno
Prosperan tus laureles,
Ni del tirano olvido
La odiosa mano sienten.
Tú el corazón del sabio
Benigna fortaleces
Para arrostrar del vulgo
Las mofas insolentes:
Por tí al malvado huye,
No, empero, le aborrece;
De la maldad se indigna,
Del vicio se condeue.
Salve: si tú lo animas,
Vencer mi pecho puede
Del hombre la injusticia,
Las iras de la suerte.

IX.

Á BERILO, ROGÁNDOLE QUE VUELVA AL BÉTIS,

Á LOS BRAZOS DE SUS AMIGOS.

Asaz de nieve y hielo
El monte su cerviz mostró cubierta,
Asaz del crudo cielo
La campiña desierta
Sufrió el granizo destrozada y yerta.
El Noto proceloso
Despoja á Abril de su florida gala;
Y silbando horroroso,
La mies naciente tala
Y el fuerte roble con la tierra iguala.
Al claro Bétis vimos
Ceñuda levantar la ovsosa frente,
Y los troncos opimos
En su rauda corriente
Llevar al dios del húmido tridente.
Las miserables cabañas
Del cierzo y de la lluvia heridas yacen;
Y al pie de las montañas
Malignas hierbas nacen,
Que los hambrientos corderillos pacen.
Con dolorido llanto
El pastor sus mejillas humedece;
El tardo buey en tanto,
Bajo el yugo fallece,
Y el ganadillo trémulo fenecer.
¡Cuál dios ¡ay desventura!
Invocarán los cándidos pastores?
Tú, Pan, de la espesura,
Que con tus ninfas mores,
Sal coronado de espadaña y flores.
O tú, que del ganado
Defensa y de las rubias mieses eres,
¡Ay! sobre el yermo prado,
Benigna madre Ceres,
La abundancia derrama y los placeres.
Mas tú á nuestros egidos,
Dulce Berilo, vén; el cierzo fiero
Templará sus bramidos,
Y el mirto placentero
Florecerá en las faldas del otero.
Que la amistad divina,
De los pesares dulce encantadora,
La tristeza termina,
Y halaga cuando llora,
Y disminuye el mal, y el bien mejora.
Al aherrojado Orétes
Exento de temor Pilades vino,
Y ni aceradas huestes,
Ni el suplicio vecino,
Ni del tirano el pecho diamantino
Su espíritu aterraron;
Desciende al calabozo, y dulcemente
Sus pechos se adunaron;
Y templo refulgente
Fué de amistad la cárcel inclemente.
Dejó en aquel momento
Libre á Orétes la Erinis vengadora
Y el azote cruento:
Ni la voz gemidora
Resonó de la adúltera traidora.
Al reino del espanto
Alcides por su amigo descendiendo,
El sempiterno llanto
Cesó, y el ronco estruendo,
Y del triaface can el grito horrendo.

X.

LA VIDA HUMANA.

¡No ves, Fileno, en la florida espalda
De aquella umbrosa sierra y eminente
Como un hilo de plata entre esmeralda
Nacer bullendo imperceptible fuente?
Y ¡cuál resbala por la herbosa falda

Tan ténue y fugitiva su corriente,
Que del aura sutil aun no es sentida?
Así comienza nuestra frágil vida.
Vela despues, cuando segura pisa
Del primer llano el floreciente suelo,
Con otras varias en alegre risa
Ya convertida en plácido arroyuelo.
Ora por los declives baja aprisa
Buscando el valle con risueño anhelo:
Ora lenta, la selva circundando,
Con las flores del márgen va jugando.
O bien, ya más audaz, por la cascada
Se precipita á la profunda umbría,
Donde entre densas nieblas asombrada,
Al prado sale á ver la luz del día.
Deslízase, del susto ya olvidada,
Siendo del campo hechizo y alegría,
Sobre alfombras de nácar, oro y grana,
Y es viva imagen de la infancia humana.

Mírala luego montaraz torrente,
Su caudal con las lluvias aumentando,
Que veloz, atrevido é impaciente
Por pedregosos valles va sonando:
Apénas sufre ni el mármoleo puente,
Ni el márgen, que acomete rebramando,
Ni el firme robledal de su ribera,
Ni el monte que se opone á su carrera.
Ya llega á la escarpada catarata,
Y sin mirar su riesgo, obedeciendo
Al ímpetu, que ciego lo arrebató,
Se lanza á los abismos con estruendo;
Yace entre espumas de nevada plata,
Aprisionado su furor gimiendo;
Y las ondas, al viento abandonadas,
Tiñen el sol de colores variadas.

Mas ya del hondo páramo se eleva
Sobre el risco musgoso, que lo ataja;
Y á la campiña, que de pompa nueva
Vistió el Mayo gentil, airado baja:
Redil y chozas por delante lleva,
Y la encina firmísima desgaja;
Y templado jamas y siempre altivo,
Es de la juventud retrato vivo.

Allí aumentado á caudaloso río,
La extendida llanura dominando,
Por los ribazos de su márgen frío
Con majestad tranquila va pasando:
No le amedrenta ni el sediento estío,
Ni el sol que le amenaza fulminando:
Y sosegado en su feliz carrera,
Mengua no teme, y crecimiento espera.

Mirale con qué orgullo desdeñoso
Recibe los tributos, que á porfía
Le rinden, ya el torrente impetuoso,
Ya el manso arroyo de la selva umbría:
La ribera, que el valle delicioso
Con raudal apacible florecía,
Pierde su nombre, y en sonoro estruendo
Por el cauce fatal entra gimiendo.

Más adelante otro soberbio halla,
Tan audaz, tan valiente y tan crecido,
Opuesto en su camino. Undosa valla
Alzan las aguas: dóblase el bramido:
Disputan en acérrima batalla
De quién todo el caudal irá regido:
Vence, é hinchado la corriente eleva,
Y esclavizado á su contrario lleva.

Ingrato al bosque amigo, que acopado
Le adornó con sus sombras placenteras;
Pérfido al muro, que besó humillado
Cuando apénas llenaba sus riberas,
Bate, si crece, el torreon alzado,
Los troncos vuelca, inunda las praderas:
No hay ley, no hay freno, que su furia atajen,
Y es, mortal, de tus vicios triste imagen.

Mas ya su curso en pasos tortuosos
Quebra lánguido y débil: mil corrientes,
Que van á herir los márgenes limosos,
Parten su fuerza en pequeñas fuentes:
Aquel caudal, que muros generosos
Combatiera, y ciudades florecientes,
Es sólo inerte masa y extendida,